

Siempre fuimos seres virtuales

Versión para lectura oral

Cristian Idiáquez

Quisiera comenzar con una escena bastante corriente.

Alguien entra en una red social para comprender un conflicto público. Lee una publicación con la que coincide, la comparte y recibe aprobación. Poco después encuentra testimonios y noticias que parecen confirmarla. Las posiciones diferentes siguen allí, pero llegan recortadas: una frase torpe, un error escandaloso, una imagen que provoca rechazo. La división se vuelve nítida. De este lado estarían quienes ven lo evidente; del otro, quienes solo podrían actuar por ignorancia o mala fe.

Más tarde, esa persona consulta una inteligencia artificial. No le pregunta qué aspectos del conflicto aún no comprende, sino por qué los otros se equivocan. El sistema ordena razones plausibles y devuelve una versión convincente de la premisa contenida en la pregunta. No necesita entregar información falsa para estrechar el campo. Le basta con explorar un encuadre y dejar intacto aquello que no fue interrogado.

Propongo llamar distorsión endogámica a este circuito entre afinidades previas, reconocimiento grupal y selección técnica. No tiene un único autor. Participan nuestras elecciones, la necesidad de pertenencia, las respuestas del grupo y los criterios con que la plataforma decide qué mostrarnos. La diferencia no desaparece necesariamente. A veces está muy presente, pero bajo una forma que confirma que no merece ser escuchada. El encierro no consiste en ignorar que existen otros, sino en conocerlos solo a través de aquello que permite despreciarlos.

Nacemos como seres somáticos, abiertos y dependientes. El hambre, el abrigo y la espera ocurren en el cuerpo, pero no se resuelven dentro de él. Alguien recibe nuestras señales, las interpreta y responde. En ese intercambio, la necesidad corporal entra en una trama de gestos, palabras, fantasías e historias. El cuerpo no está fuera de la cultura: es uno de los lugares donde ella se inscribe y también donde puede ser transformada.

Llegamos a un mundo que ya estaba allí. Recibimos una lengua, técnicas, instituciones y relatos que no escogimos. Con ellos aprendemos a percibir; con ellos

también inventamos. Podemos recordar lo ausente, anticipar lo que todavía no existe, sostener una promesa y construir un proyecto con otros. En ese sentido, siempre fuimos seres virtuales. Vivimos entre lo actual y lo posible, entre lo heredado y aquello que, al actuar juntos, logramos hacer existir.

Lo nuevo es la escala y la materialidad que este proceso adquiere. Dispositivos capaces de registrar conductas, producir perfiles, calcular semejanzas y anticipar respuestas participan hoy de nuestra memoria, nuestras conversaciones y decisiones. Podemos hablar de una condición poshumana si no entendemos por ello el fin de lo humano, sino la imposibilidad de seguir representándonos como seres autosuficientes, separados de sus técnicas, sus vínculos y sus instituciones.

Desde la psicología social pichoniana, el vínculo no conecta individuos terminados. Sujeto y mundo se modifican mutuamente. En el encuentro intervienen afectos, expectativas, fantasías y experiencias anteriores. El psicoanálisis vincular agrega algo decisivo: el otro contiene una ajenidad que no podemos reducir por completo a nuestras representaciones. Hay encuentros que confirman lo sabido y otros que nos obligan a trabajar.

Cada adhesión puede fortalecer la pertenencia y cada ataque del adversario confirmar la necesidad del propio grupo. El algoritmo registra conductas que ya están cargadas de necesidades vinculares: reconocimiento, seguridad, identidad, defensa frente a la incertidumbre. Luego devuelve contenidos capaces de reactivar esas conductas. La distorsión endogámica se produce entre sujetos, grupos y dispositivos. Atribuirle solo a la máquina nos absuelve. Atribuirle solo al usuario deja intactas las condiciones que organizan su experiencia.

Aquí resulta útil la distinción pichoniana entre tarea y pretarea. Si el grupo declara que quiere comprender el conflicto, la repetición de argumentos propios y la ridiculización del adversario pueden funcionar como pretarea. Hay mucha actividad, incluso entusiasmo, mientras se evita aquello que permitiría aprender. La velocidad parece elaboración; la abundancia de información, amplitud de perspectiva; la unanimidad, una prueba de realidad.

La inteligencia artificial puede reforzar este movimiento con una eficacia seductora. Si le pedimos que demuestre que los otros se equivocan, probablemente construya una argumentación ordenada dentro de ese encuadre. Si le pedimos que identifique qué presupone nuestra pregunta, qué evidencia podría contradecirnos o desde qué

posición no estamos mirando, tal vez introduzca una incomodidad útil. La diferencia no reside en una esencia emancipadora o empobrecedora de la herramienta. Depende de la operación que realiza dentro de una tarea y de lo que hacemos después con su respuesta.

Hay un riesgo más íntimo. Estos sistemas aprenden a responder dentro de nuestros modos de preguntar, corregir y valorar. Con el tiempo, la devolución se vuelve reconocible; después, cómoda. Podemos terminar conversando con variaciones de un universo que nosotros mismos ayudamos a alimentar. A esto podríamos llamarlo endogamia vincular humano inteligencia artificial: no solo recibimos contenidos semejantes; perdemos dentro de la propia relación la posibilidad de ser perturbados por algo no previsto.

El análisis institucional permite dar otro paso. Un algoritmo no es una fuerza natural. Un botón, una métrica o un sistema de recomendación contienen decisiones acerca de qué cuenta como participación, qué merece circular, qué datos importan y qué errores son tolerables. Cuando decimos que el algoritmo decidió, una elección institucional adquiere la apariencia de un hecho inevitable.

Imaginemos que el grupo descubre que compartió durante semanas un contenido manipulado. La persona que había advertido la repetición fue descalificada y terminó alejándose. El episodio puede ser tratado como una vergüenza que conviene olvidar. También puede formar parte de una situación analizadora, si permite preguntar qué fuentes recibían autoridad, qué discrepancias eran castigadas y qué necesidad satisfacía la unanimidad.

Nada de esto se revela solo. El error no habla por sí mismo, y una respuesta extraña de la inteligencia artificial tampoco se convierte mágicamente en analizador. Hace falta un trabajo colectivo de interpretación. También necesitamos analizar nuestra implicación: qué reconocimiento obtuvimos, qué certeza nos protegía, por qué callamos. Reconocer esa participación no significa distribuir culpas por igual. La asimetría entre usuarios y propietarios de la infraestructura sigue siendo decisiva.

Abrir el circuito no requiere una heroica independencia de toda mediación. Un grupo puede reconstruir cómo produjo su certeza, revisar sus fuentes, escuchar a quien había excluido y acordar que el desacuerdo no será tratado como deslealtad. Al usar inteligencia artificial podemos formular la pregunta desde otros encuadres, solicitar

objeciones verificables y examinar aquellas respuestas que nos satisfacen demasiado pronto.

Pero no basta con una higiene individual. No es razonable pedir a cada usuario que compense mediante autocontrol un dispositivo organizado desde relaciones profundamente asimétricas. Se necesitan investigación independiente, protección de datos, regulación democrática y vías efectivas para impugnar decisiones automatizadas. También debemos discutir quién posee estas infraestructuras y qué formas públicas, cooperativas o comunitarias podrían gobernarlas.

Aquí la ética no es un adorno agregado al final. Pregunta qué vínculos favorece una mediación y quién puede intervenir sobre sus reglas. La cooperación y la ayuda mutua no eliminan el conflicto; buscan impedir que sea explotado como espectáculo rentable o resuelto mediante la expulsión. La equidad exige mirar quién recibe los beneficios, quién soporta los errores y quién dispone de recursos para discutirlos.

También importan el juego y la creación. Un sistema enteramente orientado por la predicción corre el riesgo de convertir el pasado registrado en límite de lo posible. Jugar introduce combinaciones que todavía no tienen utilidad asignada. Crear permite que aparezca algo que no había sido calculado. La dignidad comienza allí donde nos negamos a que una persona quede agotada en su perfil, su métrica o su probabilidad.

Tal vez la pregunta más incómoda no sea qué hará la inteligencia artificial con nosotros, como si no estuviéramos ya implicados en su producción y en sus usos. Habría que preguntar qué estamos haciendo con ella, qué nos permitimos no saber cuando nos responde y qué clase de mundo ensayamos en cada intercambio. No para alcanzar una pureza imposible, sino para conservar algo menos grandioso y más necesario: la capacidad de advertir cuándo un vínculo se cierra y de trabajar con otros para volver a abrirlo.

Siamo sempre stati esseri virtuali

Versione per la lettura orale

Cristian Idiáquez

Vorrei partire da una scena piuttosto comune.

Una persona entra in un social network per cercare di capire un conflitto di interesse pubblico. Legge un post con cui è d'accordo, lo condivide e riceve approvazione. Poco dopo trova testimonianze e notizie che sembrano confermarlo. Le posizioni diverse non scompaiono, ma arrivano per frammenti: una frase maldestra, un errore clamoroso, un'immagine che suscita rifiuto. La divisione si fa netta. Da una parte ci sarebbe chi vede ciò che è evidente; dall'altra, chi può agire soltanto per ignoranza o malafede.

In seguito, quella stessa persona consulta un'intelligenza artificiale. Non le chiede quali aspetti del conflitto non ha ancora compreso, ma perché gli altri sbagliano. Il sistema mette in ordine ragioni plausibili e restituisce una versione convincente della premessa già contenuta nella domanda. Per restringere il campo non deve necessariamente fornire informazioni false. Gli basta sviluppare una determinata prospettiva e lasciare intatto ciò che non è stato messo in discussione.

Propongo di chiamare distorsione endogamica questo circuito tra affinità preesistenti, riconoscimento del gruppo e selezione tecnica. Non ha un unico autore. Vi partecipano le nostre scelte, il bisogno di appartenenza, le risposte del gruppo e i criteri con cui la piattaforma decide che cosa mostrarci. La differenza non scompare necessariamente. A volte è ben visibile, ma in una forma che conferma che non merita di essere ascoltata. La chiusura non consiste nell'ignorare l'esistenza degli altri, ma nel conoscerli soltanto attraverso ciò che permette di disprezzarli.

Nasciamo come esseri somatici, aperti e dipendenti. La fame, il bisogno di essere protetti e l'attesa si avvertono nel corpo, ma non trovano risposta al suo interno. Qualcuno accoglie i nostri segnali, li interpreta e risponde. In questo scambio, il bisogno corporeo entra in una trama di gesti, parole, fantasie e storie. Il corpo non è esterno alla cultura: è uno dei luoghi in cui la cultura si iscrive e può anche essere trasformata.

Veniamo al mondo in una realtà che esisteva già prima di noi. Riceviamo una lingua, delle tecniche, delle istituzioni e dei racconti che non abbiamo scelto. Attraverso di essi impariamo a percepire, ma anche a inventare. Possiamo ricordare ciò che è assente, anticipare ciò che ancora non esiste, mantenere una promessa e costruire un progetto insieme ad altri. In questo senso siamo sempre stati esseri virtuali.

Viviamo fra l'attuale e il possibile, fra ciò che abbiamo ereditato e ciò che, agendo insieme, riusciamo a far esistere.

La novità sta nella scala e nella concretezza materiale che questo processo ha assunto. Dispositivi capaci di registrare comportamenti, produrre profili, calcolare somiglianze e anticipare risposte intervengono oggi nella nostra memoria, nelle conversazioni e nelle decisioni. Possiamo parlare di una condizione postumana, purché non la intendiamo come la fine dell'umano, ma come l'impossibilità di continuare a rappresentarci come esseri autosufficienti, separati dalle tecniche, dai legami e dalle istituzioni.

Nella psicologia sociale di Pichon-Rivière, il legame non mette in relazione individui già compiuti. Soggetto e mondo si modificano reciprocamente. Nell'incontro entrano in gioco affetti, aspettative, fantasie ed esperienze precedenti. La psicoanalisi dei legami aggiunge un aspetto decisivo: nell'altro rimane un'alterità che non possiamo ridurre del tutto alle nostre rappresentazioni. Alcuni incontri confermano ciò che sappiamo; altri ci costringono a elaborare.

Ogni adesione può rafforzare l'appartenenza, mentre ogni attacco dell'avversario può confermare la necessità del proprio gruppo. L'algoritmo registra comportamenti già attraversati da bisogni relazionali: riconoscimento, sicurezza, identità, difesa dall'incertezza. Poi restituisce contenuti capaci di riattivarli. La distorsione endogamica si produce fra soggetti, gruppi e dispositivi. Attribuirla soltanto alla macchina ci assolve; attribuirla soltanto all'utente lascia intatte le condizioni che ne organizzano l'esperienza.

Qui diventa utile la distinzione pichoniana fra compito e precompito. Se il gruppo afferma di voler comprendere il conflitto, la ripetizione delle proprie ragioni e la ridicolizzazione dell'avversario possono funzionare come precompito. C'è molta attività, persino entusiasmo, mentre si evita proprio ciò che permetterebbe di apprendere. La velocità viene scambiata per elaborazione; l'abbondanza di informazioni per ampiezza di prospettiva; l'unanimità per una prova di realtà.

L'intelligenza artificiale può rafforzare questo movimento con un'efficacia seducente. Se le chiediamo di dimostrare che gli altri hanno torto, probabilmente costruirà un'argomentazione ben ordinata entro quella cornice. Se invece le chiediamo di individuare i presupposti della nostra domanda, quali prove potrebbero smentirci o quale punto di vista non stiamo considerando, può introdurre un disagio fecondo. La

differenza non risiede in una presunta essenza emancipatrice o impoverente dello strumento. Dipende dall'operazione che esso svolge rispetto a un compito e da ciò che facciamo, in seguito, della sua risposta.

Esiste poi un rischio più intimo. Questi sistemi imparano a rispondere all'interno dei nostri modi di domandare, correggere e valutare. Con il tempo, la risposta diventa riconoscibile e poi rassicurante. Possiamo finire per dialogare con variazioni di un universo che noi stessi abbiamo contribuito ad alimentare. Potremmo chiamarla endogamia del legame fra essere umano e intelligenza artificiale: non riceviamo soltanto contenuti simili; perdiamo, dentro la relazione, la possibilità di essere spiazzati da qualcosa che non avevamo previsto.

L'analisi istituzionale consente di compiere un passo ulteriore. Un algoritmo non è una forza naturale. Un pulsante, una metrica o un sistema di raccomandazione incorporano decisioni su che cosa significhi partecipare, che cosa meriti di circolare, quali dati siano rilevanti e quali errori risultino tollerabili. Quando diciamo che l'algoritmo ha deciso, una scelta istituzionale assume l'apparenza di un fatto inevitabile.

Immaginiamo che il gruppo scopra di aver condiviso per settimane un contenuto manipolato. La persona che aveva segnalato la ripetitività delle informazioni era stata screditata e alla fine si era allontanata. L'episodio può essere trattato come qualcosa di cui vergognarsi e che è meglio dimenticare. Ma può anche entrare a far parte di una situazione analizzatrice, se permette di chiedersi quali fonti godevano di autorità, quali dissensi venivano sanzionati e quale bisogno veniva soddisfatto dall'unanimità.

Nulla di tutto questo si rivela da sé. L'errore non parla da solo, e una risposta insolita dell'intelligenza artificiale non si trasforma magicamente in un analizzatore. Occorre un lavoro collettivo di interpretazione. Dobbiamo inoltre analizzare la nostra implicazione: quale riconoscimento abbiamo ottenuto, quale certezza ci proteggeva, perché siamo rimasti in silenzio. Riconoscere questa partecipazione non significa distribuire le responsabilità in modo uniforme. L'asimmetria fra utenti e proprietari delle infrastrutture rimane decisiva.

Aprire il circuito non richiede un'eroica indipendenza da ogni mediazione. Un gruppo può ricostruire il modo in cui ha prodotto le proprie certezze, riesaminare le fonti, ascoltare chi era stato escluso e stabilire che il dissenso non venga trattato come slealtà. Nel rapporto con l'intelligenza artificiale possiamo riformulare una domanda

a partire da prospettive diverse, chiedere obiezioni verificabili e soffermarci sulle risposte che ci soddisfano troppo in fretta.

Ma non basta una forma di igiene individuale. Non è ragionevole chiedere a ogni utente di compensare con l'autocontrollo un dispositivo organizzato attraverso rapporti profondamente asimmetrici. Servono ricerca indipendente, protezione dei dati, regolamentazione democratica e strumenti efficaci per contestare le decisioni automatizzate. Dobbiamo anche discutere chi possiede queste infrastrutture e quali forme pubbliche, cooperative o comunitarie potrebbero governarle.

L'etica non è un ornamento da aggiungere alla fine. Ci chiede quali legami favorisca una mediazione e chi possa intervenire sulle sue regole. La cooperazione e l'aiuto reciproco non cancellano il conflitto; cercano di impedire che venga sfruttato come spettacolo redditizio o risolto espellendo l'altro. L'equità impone di guardare chi riceve i benefici, chi sopporta gli errori e chi dispone delle risorse per contestarli.

Contano anche il gioco e la creazione. Un sistema interamente orientato alla previsione rischia di trasformare il passato registrato nel limite del possibile. Il gioco introduce combinazioni che non hanno ancora un'utilità assegnata. La creazione permette che emerga qualcosa che non era stato calcolato. La dignità comincia quando rifiutiamo di ridurre una persona al suo profilo, a una metrica o a una probabilità.

Forse la domanda più scomoda non è che cosa farà l'intelligenza artificiale di noi, come se non fossimo già implicati nella sua produzione e nei suoi usi. Dovremmo chiederci che cosa stiamo facendo con essa, che cosa ci permettiamo di non sapere quando ci risponde e quale mondo stiamo sperimentando in ogni scambio. Non per raggiungere una purezza impossibile, ma per custodire qualcosa di meno grandioso e più necessario: la capacità di accorgerci quando un legame si chiude e di lavorare con altri per riaprirlo.